

PRESENTACIÓN

MARCO V. GARCÍA QUINTELA

El libro que tengo el honor de presentar procede de un doble estímulo. El primero, muy simple y obvio, es la constatación de la importancia de los estudios que el profesorado de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Santiago ha dedicado tradicionalmente a los temas de Historia de las Religiones o, de forma más genérica, a la historia de las mentalidades o de las ideologías. Sin duda el impulso hacia estos temas viene dado por la evidencia de su propia importancia. Pero no está de más destacar la estrecha y temprana recepción de estos temas cuando se formulan como interrogantes novedosos en la historiografía europea más avanzada. Sin pretender hacer ninguna clase de juicio sobre la cuestión, se puede afirmar con pocas dudas que los historiadores de Santiago son de los más cercanos en España a los historiadores del grupo de los *Annales*, y esto por diversos conductos. En paralelo con el influjo anterior, también se puede destacar otra influencia más local y sin duda más entrañable, se trata del magisterio que de las más diversas maneras ejerció sobre muchos de nosotros Carlos Alonso del Real, una consecuencia no menor de su larga permanencia en la Universidad de Santiago está en la existencia de una digna biblioteca de historia de las religiones, que si bien tiene indudables limitaciones, no deja de ser excepcional comparada con las que a estos temas se dedican en otros puntos de España.

Entiéndaseme bien, lo anterior no pretende ser ninguna suerte de autoafirmación vacía y sí una descripción de la situación. Es por ello que, en determinados casos, ha sido oportuno pedir la colaboración de estudiosos ajenos a la Universidad de Santiago. Este es el caso de los profesores Cardesín y Valín que desde las Universidades de La Coruña y Vigo han aceptado unir sus plumas a este ensayo de trabajo colectivo. Por su parte B. García Fernández-Albalat es hoy por hoy la mejor conocedora de la religión castrexa aunque lamentablemente está fuera de la Universidad. También Victoria Escribano, de la Universidad de Zaragoza, ha aceptado volver sobre el priscilianismo, tema del que es una acreditada especialista.

Como decía, el libro parte de un estímulo doble, y si el primero es la constatación de la existencia de un tema y sus especialistas el segundo y en mi opinión no menos importante, está en la existencia de un público. En efecto, los estudiantes que ingresan en la Universidad para cursar los nuevos planes de estudios de las licenciaturas, ahora separadas, de Geografía, Historia o Arte, han nacido masivamente con posterioridad a la muerte de Franco y el otoño de 1995 ha ingresado en la Universidad la generación de los nacidos en el año de la constitución que señala de una manera efectiva y afortunadamente duradera la separación entre la Iglesia, aún reconociendo su especificidad en la vida española, y el Estado. En paralelo con lo anterior también son hijos del llamado "Estado de las Autonomías".

¿A qué viene todo esto? Pues bien, ocurre que muchos jóvenes universitarios actuales desconocen de forma a veces alarmante cuestiones de Historia de la Iglesia o del Cristianismo que, ya al margen de la fe de cada cual, sugieren un lamentable diagnóstico sobre su grado de cultura general y su capacidad de entender buena parte de los fenómenos del mundo actual. Además me parece que se puede decir que determinada docencia de la cultura básica cristiana post Vaticano II ha contribuido no poco a esta carencia. Me explico, la búsqueda de una fe más viva y personal, de un compromiso cristiano más íntimamente asumido por los fieles, y que sobre todo se pretendía inculcar a los jóvenes y, al mismo tiempo las reformas litúrgicas que iban en el sentido de un acercamiento del clero a los fieles, han tenido el paradójico efecto de hacer olvidar o provocar el desconocimiento en amplias masas de población de lo que son unos rudimentos de la añeja Historia Sagrada, o, expresado de otra manera, de una básica información sobre lo que es la *Biblia* y sus contenidos, y en paralelo ha provocado un olvido y una ignorancia masiva de lo que es un rito, una liturgia.

Diciendo esto no pretendo que los predicadores religiosos católicos deban regresar a sus viejos métodos. Esa no es la cuestión ni soy yo la persona indicada para afirmar nada al respecto. Pero lo que si es cierto es que entre el desarrollo del laicismo propiciado por el nuevo marco político y las transformaciones de las inquietudes religiosas estimuladas por la propia Iglesia ha quedado un espacio vacío que, tal como están las cosas los historiadores podemos y debemos intentar llenar.

En efecto, si para comprender el mundo actual es necesario el conocimiento de su Historia, un aspecto fundamental de este mismo mundo está marcado por las diferentes manifestaciones del hecho religioso y su comprensión deriva necesariamente de lo que aporta la Historia de las Religiones.

Y esto tanto en la dimensión más espiritualista o fenomenológica como en los aspectos más sociológicos o económicos. ¿Por qué los gallegos del pasado,

cuando más prósperamente vivían, dedicaron buena parte de sus excedentes económicos a inmovilizarlos en edificios de naturaleza y uso religioso? ¿Por qué cuando visitamos, como simples turistas, la Acrópolis o el Vaticano tenemos que constatar que esos esfuerzos destinados a la gloria de los más diversos dioses ya no son propios del mundo actual?

Con la expresión de esas preguntas no pretendo más que afirmar que en el mundo de hoy ni tan siquiera es posible ser un turista sin el planteamiento de los interrogantes y de las respuestas que forman parte de la Historia de las Religiones. Y, sin embargo, como queda dicho, parece que en este sentido cada vez estamos peor, y tengo pocas dudas que las polémicas sobre la ubicación de la enseñanza religiosa en el horario escolar favorezcan otra cosa que el renacer del anticlericalismo más rancio (como estímulo o reflejo al intento de omnipresencia de la Iglesia Católica) o el mantenimiento de esa búsqueda del compromiso cristiano individual (desde el punto de vista de la propia Iglesia). Pero en ninguno de esos dos casos se abordan adecuadamente las cuestiones derivadas de la necesaria difusión entre la población de una cultura religiosa destinada, en primera instancia, a saber algunas cosas de nuestro mundo y de su historia. Y todo ello con independencia de que unos u otros sean o no creyentes en esta o aquella manifestación religiosa.

Así pues desde su concepción inicial este libro va destinado a jóvenes estudiantes o al lector curioso en general y es en este sentido que he pedido a los distintos autores que aparcasen parte de sus saberes en beneficio de la accesibilidad de sus textos. En este sentido creo que merece la pena señalar la inclusión en el nuevo plan de estudios de la licenciatura de Historia de Santiago de una materia titulada *Fundamentos de Historia de las Religiones*. En todo caso sería ingenuo pretender que este trabajo solucionará los problemas que acabo de plantear. Se trata muy simplemente de la respuesta que ahora mismo podemos dar los profesionales de la Historia estudiosos de Galicia cubriendo un hueco en la bibliografía que proporcione a sus lectores un instrumento centrado en la problemática específica de Galicia en el ámbito religioso.

Como decía, los condicionantes constitucionales no sólo establecen la separación de la Iglesia y el Estado sino que también definen el llamado Estado de las Autonomías. En este contexto encuentra un nuevo interés el cuestionamiento de las peculiaridades con las que aparece en un territorio dado (Galicia) un fenómeno general (la Historia de las Religiones).

Ahora bien, es muy difícil o al menos cuestionable retrotraer la situación definida actualmente en términos institucionales al pasado. Según los casos estaremos ante situaciones muy específicas o ante el simple acotamiento territorial de una realidad muy común. Pero, por otra parte, esa realidad común

puede tener unos referentes externos situados en muy diferentes ámbitos. Por citar dos casos extremos, el fenómeno megalítico de la prehistoria o la masonería contemporánea tienen paralelos externos y contextualizaciones peculiares en cada uno de los casos que, a su vez, difieren de otras tantas situaciones que se producen en ese intervalo temporal. En este sentido, si tenemos en cuenta que no vamos a leer una Historia que parte de una esencia indefinida e indefinible de Galicia, sí resulta oportuno conocer el cómo y el porqué de las manifestaciones religiosas que a lo largo del tiempo se desarrollaron en este rincón del planeta. Unas veces como resultado de una génesis propia otras por la importación de modelos exteriores y otras más por diferentes amalgamas o sincretismos entre lo establecido y lo nuevo.

¿No hay pues un hilo conductor en todo este panorama? Tal vez sí, me atrevería a sugerir que ese hilo lo proporciona la idea de que la religión siempre ha sido, o al menos se ha percibido, en Galicia como una religión tradicional.

Esto quiere decir que dentro de una clasificación tan general como discutible de las religiones entre tradicionales y reveladas, la situación en los territorios del Noroeste peninsular ha sido preferentemente la primera en contraste con la segunda. Pero esto exige todavía mayor aclaración. En efecto, durante buena parte del período histórico la única ha sido el cristianismo, que formalmente es una religión revelada. Además en el propio proceso de implantación del cristianismo fue muy importante el priscilianismo, con unos rasgos mesiánicos específicos que son los propios, precisamente, de las religiones reveladas.

Sin embargo, ese período queda bastante circunscrito en el tiempo y, una vez triunfante la lectura romana del cristianismo, a lo que se asiste es a la modulación del cristianismo en el tiempo y en su forma de ser percibido por los distintos actores sociales e intelectuales cuya evolución en líneas generales y en un difícil ensayo de síntesis plantean los profesores E. Portela y M^a.C. Pallares, O. Rey Castelao y X.R. Barreiro. En este sentido, en su dinámica interna en Galicia, se puede decir que el cristianismo ha funcionado como religión tradicional hasta bien entrado el siglo XIX o incluso el XX dependiendo esto de los factores que se puedan valorar.

Por otra parte, sin entrar en cuestiones prehistóricas cuyas dificultades subraya oportunamente el profesor Vázquez Varela en su contribución a este volumen, en la Antigüedad la religión castrexa ha sido, por supuesto, una religión tradicional y el mérito de la exposición de Blanca García consiste en saber mostrar hasta qué punto está presente la herencia indoeuropea en el panteón de los castrexos. Sobre este fondo, todavía Martín Dumienne hablaba de la necesidad de corregir desde el cristianismo prácticas paganas vigentes entrada la Edad

Media. En cierto modo, de hecho, el proceso de cristianización es un proceso casi infinito de introducción de las nuevas modulaciones del cristianismo impulsadas desde Roma en un territorio periférico que, cuando las asimila profundamente, muchas veces ya han quedado un tanto obsoletas en su punto de origen (en otras ocasiones esto no es, ciertamente, así, no hay más que pensar en el momento álgido de las peregrinaciones en la Edad Media y en la fortaleza de la vida monacal estudiada por J.M. Andrade).

En mi opinión esto se debe a que el cristianismo en Galicia nunca tuvo que soportar retos externos, salvo, como queda dicho, en el momento de su implantación primera. No hubo moriscos, judíos pocos y pronto eliminados y todavía menos judaizantes, tampoco hubo protestantes hasta el siglo XIX (estudiados por X.A. Fernández Canosa en una de sus denominaciones de más temprano y duradero arraigo en Galicia). Pero al lado de esto, siempre hubo lecturas o interpretaciones “populares” (el entrecomillado se debe a la dificultad de uso de la expresión “religión popular” que subraya Mar Llinares) al margen o en tensión con la ortodoxia de la época que lucha tenazmente por implantarse para, a su vez, convertirse en la heterodoxia de los años o siglos siguientes (desde ángulos diferentes y para épocas distintas lo subrayan los trabajos de M.A. Castiñeiras, R. Sánchez, I. Dubert, D. González Lopo y J.M. Cardesín).

En definitiva, estas luchas o tensiones entre un clero más culto o más influido por Roma (o las dos cosas al tiempo) ante unas prácticas muy masivamente aceptadas subraya que estamos ante una forma religiosa tradicional si la contemplamos desde la perspectiva territorial que rige este libro. El cristianismo, en efecto, ha servido, como en las religiones tradicionales en general, como sostén del ser social cuando no hay Estado u otras instituciones laicas que pudieran cumplir esas funciones (ver en este sentido la sociabilidad marcada por el ámbito parroquial en el trabajo de Bertrand y Lois). Y ese ser social, casi por definición, también es irreductible a una forma de ortodoxia religiosa y termina generando percepciones religiosas adaptadas a unas necesidades generales (como son las propias de las religiones tradicionales).

Naturalmente, esto no quiere decir que sólo existiese esa dimensión de la vida religiosa, también existe la dimensión culta o axial, centrada en los postulados de Roma, cuyo vigor se refleja en la capacidad indudable para inmovilizar buena parte del excedente de la sociedad en grandes construcciones religiosas, muchas de ellas altamente meditadas (véanse los trabajos de A. Vigo, A. Rosende). La historia de esa dimensión “oficial” o “axial” del cristianismo es la que corresponde a la primera parte del libro que llega hasta el momento de ruptura desde dentro con esa situación que explica el profesor Barreiro.

Esta ruptura desde dentro, mucho más reciente, estuvo precedida por rupturas anteriores de la hegemonía católica en el siglo XIX mediante la introducción de corrientes protestantes o del librepensamiento reflejado por la masonería (examinada por A. Valín), que en definitiva traen a Galicia, con cierto retraso e indudable marginalidad, los aires de la modernidad. Su presencia termina, en todo caso, con la mera posibilidad de considerar la lectura del catolicismo hecha en Galicia como una religión tradicional, al menos en la medida en que ya desde entonces encuentra discursos alternativos a la explicación del estado del mundo y de las formas de sociabilidad posibles.

Desde un punto de vista formal el libro se divide en dos partes. La primera está formada por un número reducido de ensayos que tratan de abarcar de forma sintética el estado actual de los conocimientos sobre la dimensión religiosa de la historia de Galicia en los distintos períodos.

La segunda parte, es un complemento a la anterior que incide en metodologías específicas para determinados problemas de historia de las religiones o en fuentes cuyo valor específico para el tema conviene resaltar.

Permítaseme finalizar en un tono más personal para manifestar mi agradecimiento a todos los autores que pusieron sus plumas al servicio de este trabajo colectivo. Su diversidad de intereses y métodos constituyen un auténtico reflejo de la riqueza de la reflexión histórica existente en nuestra facultad y entre los allegados, que como ya se ha señalado, aceptaron unirse al proyecto. Pero esa diversidad no ha sido obstáculo para ponerse al servicio de una obra colectiva y para dedicarle a su culminación esfuerzos retirados a proyectos o actividades diferentes. Finalmente creo que puede ser objeto de legítimo orgullo de todos nosotros el que no haya habido ninguna retirada con respecto al plan inicial. Ello me reafirma en la oportunidad del tema y en la capacidad intelectual, sin duda, de las personas destinadas a realizarlo, pero también en su compañerismo y amistad. Gracias a todos.